

Innovar en tiempos de crisis

En el último Seminario organizado por REDU (Madrid, 3-4 Febrero 2011), James Wisdom, experto inglés del SEDA en temas de evaluación de la calidad de la enseñanza universitaria, nos decía que *“cuanto más disminuyen los presupuestos más se incrementan los estándares”*. Una desgracia, venía a concluir.

Ésa es la sensación que buena parte del profesorado tiene. Quizás, por eso despierta tan escasos entusiasmos Bolonia en algunos grupos. Pretender transformar la Educación Superior en un contexto de dificultades económicas como el actual, puede acercarse más a la utopía que al pragmatismo. *“En tiempo de crisis, no hacer mudanza”*, dice un viejo principio jesuítico y a él se apegan los más reticentes. Pero con una interpretación errada, hasta donde yo sé. San Ignacio se lo recomendaba a los suyos como una medida de resistencia frente a los ataques externos. No huir de ellos marchándose a otra parte. La consigna era quedarse y resistir.

En cualquier caso, ¿por qué no planteárselo justo al revés? *En tiempo de crisis, ¿cómo no hacer mudanza? ¿Cómo saldremos de la crisis si no tratamos de cambiar las cosas, cada uno en su contexto? “Locura es, decía Einstein, seguir haciendo lo mismo y esperar resultados distintos”*. El escenario de la formación ha sufrido un cambio absoluto en los parámetros que regían su sentido, sus contenidos, sus fuentes, su gestión, su función social, sus destinatarios. Nadie duda de que la Educación Superior deba reajustarse a los nuevos tiempos. No es que hasta ahora lo estemos haciendo mal, no es eso. Pero ha cambiado el mundo y el conocimiento y nuestros estudiantes. No podemos continuar haciéndolo como hasta ahora. Se precisan nuevas estrategias docentes e institucionales. Y en ello estamos, con mayor o menor fortuna, todas las universidades.

Lo que ha sucedido en Japón en estas últimas semanas ha sido terrible. Terremotos, tsunamis, desajustes nucleares, todo un rosario de calamidades capaz de provocar el desaliento. Y, sin embargo, cada vez cobran más fuerza las voces que señalan que, pese al daño sufrido (que ya no se puede evitar), ésta puede ser la gran oportunidad del país para resurgir de la enorme crisis que se le ha venido encima. ¿Será posible? ¿Sería posible aplicar esa misma visión positiva a la universidad? ¿Existirá algo parecido a la “resiliencia” aplicable a la universidad, algo que le permita superar con buen éxito las dificultades y traumas de este vendaval de presiones y cambios?

No a coste cero, responden los más realistas. Pero no está claro que nuestra mayor carencia radique en el dinero, siempre escaso, sino en las ideas. O en la ilusión y en el convencimiento. O en el liderazgo. ¿Hay alguien en las universidades dispuesto a entonar el “*we can*”?

Creo que sí. Hay mucha gente dispuesta a hacerlo. Ése es el milagro. Frente a las “nostalgias” desalentadoras que tanto nos atraen al profesorado (“*antes las cosas eran de otra forma, todo en la universidad funcionaba mejor*”), se han ido creando grupos de innovación muy comprometidos con cambios en la docencia. No es que pretendan transformar la universidad. Tampoco es su objetivo, puesto que se proponen metas más humildes. Quieren innovar. Y eso es la innovación. *In-nova-ción*: incorporar algo nuevo (*nova*) en lo que ya existe (*in*) a través de un proceso de cambio que puede llevar su tiempo (*cion*). Pese a la crisis estamos en un momento dulce para las innovaciones docentes. Son muchos los cientos de profesores y profesoras que intentan poner al día sus estrategias y recursos didácticos.

Este número de la revista recoge algunas de esas experiencias innovadoras. Los colegas que nos cuentan su esfuerzo abordan distintas iniciativas de cambio, todas diferentes pero, a la vez, de enorme interés. Ellos y ellas pertenecen a diferentes campos científicos y, con seguridad, parten de concepciones diversas sobre lo que significa hacer una “buena enseñanza”. Pero todos tienen algo en común, el interés por enriquecer los contextos de aprendizaje que ofrecen a sus estudiantes. Algunas de sus experiencias han requerido de financiación especial, pero son las menos. Lo que sí ha sucedido en todos los casos es que ellos y ellas, los autores de los textos, han tenido una nueva idea sobre cómo facilitar el aprendizaje de sus estudiantes, le han echado ganas y han estado dispuestos a aplicarle el esfuerzo necesario para ponerla en marcha.

Y eso es lo que nos cuentan. Ojalá se nos contagie esa ilusión a muchos más.